

Los Estados Unidos deben ser obligados a salir de Vietnam inmediatamente y de manera incondicional. Para justificar esta línea existen por lo menos cuatro importantes razones. Primero, los Estados Unidos están cometiendo crímenes de guerra en Vietnam. No nos detendremos a demostrar este punto ya que los observadores occidentales han comprobado numerosas veces estos crímenes con documentos. Son tan repetidos los informes periodísticos sobre guerra química y empleo de gases, sobre campos de concentración, y exterminio indiscriminado de la población civil, sobre torturas y atrocidades, que estos hechos se han convertido en un lugar común y se corre por ello el peligro de pasar por alto su carácter esencial: se trata de crímenes de guerra cometidos en nuestro nombre, por nuestra cuenta, con nuestro dinero y nuestro consentimiento.

Segundo, los Estados Unidos no tienen derecho a estar en Vietnam, el "gobierno" de Saigón que, según se nos dice, invitó a las tropas norteamericanas es tan poco legal como representativo. Los ambiciosos generales vietnamitas que gobiernan nominalmente una fracción de Vietnam del Sur descienden por línea directa de los antiguos gobernantes títeres franceses. Los Estados Unidos han continuado simplemente la política francesa de seleccionar un grupo de mandatarios seguros e imponérselos a una parte del país tan extensa como resulte posible sobre la base de la fuerza, las armas y el dinero extranjero.

Tercero: el argumento de Washington según el cual los Estados Unidos buscan "detener la agresión" es una falsedad orwelliana descarada. Los Estados Unidos rompieron los acuerdos de Ginebra, impidieron la realización de elecciones libres y la prometida reunificación con Vietnam del Norte, llevaron a Vietnam del Sur a su esfera y lo colocaron bajo su control, alegaron que el paralelo diecisiete era un límite nacional y Vietnam del Norte un país extranjero, y nunca pudieron comprobar sus acusaciones de infiltración comunista masiva desde el Norte. Sólo recientemente, después de que los sudvietnamitas venían siendo asesi-

nados a un ritmo de más de mil por semana, hubo alguna evidencia de apoyo militar substancial para el Frente de Liberación Nacional por parte del Norte. Y esto, por supuesto, no es una "invasión extranjera". Se trata de una ayuda para sus compatriotas y hermanos que han sido artificial e ilegalmente separados del Norte por un poder instalado a miles de millas de distancia. Los Estados Unidos son los verdaderos culpables de agresión extranjera.

Cuarto, si los vietnamitas llegan a perder, incluso parcialmente, su independencia, los Estados Unidos podrían pensar que la agresión paga y actuarían en consecuencia en tres continentes. Me opongo a la agresión norteamericana hoy con tanta firmeza como me opeuse a la agresión nazi en 1939 y por la misma razón: una actitud pacifista ante aquellos que cometen crímenes de guerra y agresiones descaradas no paga. Sólo sirve para aumentar sus apetitos agresivos. Deben ser aislados.

En realidad, conviene recordar la época nazi si queremos entender lo que está sucediendo hoy en Vietnam. El Frente de Liberación Nacional de Vietnam del Sur y el gobierno de Vietnam del Norte no están interesados, según Washington, en negociar la terminación de la guerra. Por consiguiente, concluye Washington, la responsabilidad de la guerra recae sobre ellos. Su beligerancia, dice el gobierno estadounidense, tiene dos posibles causas. La primera es la "falsa idea" de que tienen la victoria en sus manos. Deben ser "desengañados" de esta idea por todos los medios que los Estados Unidos consideren necesarios. La segunda "causa" es que detrás de los vietnamitas está China, que busca la derrota de los Estados Unidos y de la que podría esperarse ayuda militar para sus vecinos.

A primera vista, es preciso admitir que esta interpretación contiene el mínimo de verdades a medias necesario para llegar a un público ya intimidado con los mitos de la guerra fría. Sin embargo, no resiste el examen. Cómo responderían los ciudadanos norteamericanos si, demos por caso, China tuviera un ejército de ocupación que tratara de dominar toda la parte sur de San Fran-

cisco, Denver, San Luis y Washington, y que estuviera destruyendo sistemáticamente toda la parte norte con bombardeos aéreos? Cómo responderían entonces los norteamericanos a las invitaciones chinas a “negociar” una terminación razonable de tal guerra? Conviene a este respecto recordar la respuesta que encontraron las temerarias pretensiones imperiales de Hitler. En 1940 estaba en juego la supervivencia de la nación británica. En su demanda de un voto de confianza para su nueva administración ante la Cámara de los Comunes, Churchill utilizó un lenguaje que, desprovisto de su retórica, podría ser hoy el del Ho Chi Minh.

“No puedo ofrecer sino sangre, fatiga, lágrimas y sudores... Preguntáis: cuál es nuestra política? Yo respondo: es continuar la guerra, por mar, tierra y aire, con todo el poder y toda la fuerza que Dios pueda darnos: continuar la guerra contra una tiranía monstruosa, de una barbarie jamás igualada, lamentable catálogo del crimen humano. Esta es nuestra política. Preguntáis: cuál es nuestra meta? Puedo responder una palabra: la victoria, la victoria a cualquier costo, la victoria a despecho del terror; la victoria, no importa cuán largo y difícil pueda ser el camino; porque sin la victoria no hay supervivencia. Oigase bien: no hay supervivencia... Estoy seguro que nuestra causa no desfallecerá. Estoy en posición de pedir la ayuda de todos...

Un mes después, ante el aumento del peligro, Churchill llegó hasta solicitar públicamente la ayuda de un potencia extranjera:

“Tenemos que defender nuestra isla, cualquiera que sea el costo. Vamos a luchar en las playas, en los desembarcaderos, vamos a pelear en los campos y en las calles, en las colinas, no vamos a rendirnos nunca; e incluso en el caso, que no creo, de que esta isla o gran parte de ella fuera subyugada y sufriera hambre, entonces nuestro imperio... entraría en la lucha, hasta que el Nuevo Mundo, con todo su poder y toda su voluntad, acudiese al rescate y la liberación del Viejo Mundo”.

Cuando somos la potencia imperialista, las guerras de liberación cambian de signo y se denominan usualmente agresión

comunista. Nadie en Occidente ponía en cuestión en 1940 la determinación británica de ser libre, o su derecho de solicitar ayuda extranjera, ni llamaba terca a la Gran Bretaña por su decisión de continuar sola la lucha, si era el caso. El primer mensaje de Churchill como Primer Ministro a Presidente Roosevelt declaraba categóricamente:

“Esperamos ser atacados en un futuro próximo tanto por aire como por tropas aerotransportadas y nos estamos alistando para esta emergencia. Si es preciso, continuaremos solos la guerra, la que no nos atemoriza”.

Una de las declaraciones más absurdas de Lyndon Johnson cuando era vice-presidente, que la historia registrará seguramente contra él, fue la de describir a Diem como el Churchill de Vietnam. No existe la menor duda de que aquí el verdadero héroe nacional es Ho Chi Minh, quien dirigió la lucha exitosa que condujo a la expulsión de los colonialistas franceses y se ha negado a claudicar ante los Estados Unidos. Si Ho Chi Minh recuerda hoy el Churchill de 1940, la siguiente declaración tiene también un sonido familiar.

“En este momento considero como un deber ante mi propia conciencia apelar una vez más a la razón y al sentido común (del enemigo). Me considero en posición de hacer este llamamiento puesto que no soy un enemigo vencido que pide favores sino el vencedor, que habla en nombre de la razón. No veo ninguna razón para continuar esta guerra. Posiblemente (el enemigo) desatenderá esta declaración mía por considerarla producto del miedo y de la duda sobre la victoria final. En este caso ha liberado a mi conciencia de la responsabilidad en relación con lo que va a ocurrir”.

No es Johnson quien se dirige aquí a Hanoi. Es Hitler en el Reichstag, después de que los nazis han invadido a Francia, haciendo lo que él llamaba su “Oferta de Paz” a Gran Bretaña. Este gesto fue seguido de una gran actividad diplomática nazi, pero nadie fue engañado. Tres días después, en una emisión radial, el Secretario de Asuntos Extranjeros británico rechazó la

“exigencia hitleriana de capitular a su voluntad” y anunció que “no dejaremos de luchar hasta que la libertad esté asegurada”. El comentario de Churchill es instructivo:

“Es evidente que a Hitler le gustaría mucho, después de haber sometido a Europa a su voluntad, poner término a la guerra por medio de la aceptación británica de lo que ha hecho. No se trataba en efecto de una oferta de paz sino de la disposición a aceptar la entrega por parte de Gran Bretaña de todo lo que se proponía defender al entrar en la guerra”.

En respuesta a un sondeo del rey de Suecia, el gobierno británico rechazó formalmente la “oferta” de Hitler y condenó los crímenes de guerra nazis contra estados limítrofes, especialmente Bélgica y Holanda, “a despecho de todas las seguridades que les había dado el gobierno alemán en el sentido de que su neutralidad sería respetada”. Estos “horribles acontecimientos”, incluyendo vastas masacres, constituían una “mancha indeleble” en las páginas de la historia. La intención del gobierno inglés de continuar la guerra “por todos los medios a su alcance hasta que el hitlerismo haya sido finalmente destruído” era tan fuerte que “habrían perecido en un desastre común antes que dejar de cumplir con su deber”.

La analogía termina aquí, porque las condiciones de paz de Churchill y Ho Chi Minh son muy diferentes. Churchill exigía de los nazis una “rendición incondicional”, y sólo se daba por satisfecho cuando, después del bombardeo de las ciudades alemanas abiertas, la capital enemiga fuera finalmente ocupada. Ho Chi Minh sólo pide el retiro de los norteamericanos. Los vietnamitas no amenazan ni una sola ciudad americana; no tienen en mente ningún sometimiento de los Estados Unidos. Si la posición británica en 1940 era razonable, lo es mucho más la de Vietnam hoy. Si le aplicamos una regla a Occidente y otra a Vietnam merecemos la acusación de racismo.

Significa todo ésto que no vamos a buscar una solución para la guerra de Vietnam? Debe continuar la matanza? Los vietnamitas saben que la propuesta de “negociaciones” del presidente

Johnson es tan inaceptable como la de Hitler para Inglaterra. Tienen todo derecho en su propio país, y los Estados Unidos no tienen el menor derecho. Si los vietnamitas, que sufren la invasión norteamericana y la destrucción de su país, se sentaran a “negociar” con los invasores y a acordar qué parte de su territorio quedaría bajo control norteamericano, la agresión sería legalizada y estimulada. Los vietnamitas ya han entablado negociaciones en 1946 y en 1954. Primero los franceses y luego los americanos se aprovecharon de sus deseos de paz para ignorar más tarde los términos de los acuerdos. Este pueblo heroico y largamente martirizado terminará por ganar su independencia, tal es mi más ardiente esperanza. Todas las gentes que en Occidente valoren la justicia tienen el deber de ayudar a reducir el precio que este pueblo ha de pagar. Invito a los americanos, que nunca en su vida han conocido un ejército extranjero de ocupación sobre su suelo, y que nunca han sufrido la destrucción sistemática de su país desde el aire, a que traten de comprender con la imaginación lo que está pasando en Vietman. El gobierno de los Estados Unidos ha caído en manos de criminales de guerra que deben ser parados mientras sea todavía tiempo. La opinión mundial puede ayudar aún a encontrar la única solución digna: Los Estados Unidos deben ser obligados a salir de Vietnam inmediatamente y sin condiciones.